

autoridades de Santo Domingo ante el mismo acontecimiento.

Antonio Pinto capta la atención de los lectores desde el principio con la narración fabulada (una licencia literaria, deja muy claro el autor) de la ceremonia vuduista de Bois Caïman el 22 de agosto de 1791, que suele establecerse como el punto de partida de la insurrección de los esclavos en Haití. Muy bien escrito, el libro mantiene el interés con una prosa que, por colorista, no es menos precisa. Una mínima muestra: “De este modo, la sangre africana irrigó los campos de caña a mayor gloria de los paladares occidentales, que se deleitaban en el sabor de aquel producto” (p. 37). Transmite una historia con ingredientes propios de la tragedia humana. Una historia apasionante de ideales, valor e ilusión pero también de opor-

tunismo, mezquindad y doblez, en la que no siempre brilla la gallardía española (ni la de ninguna otra nación, puntualicemos) pero que debemos conocer. También, porque como señaló en el acto de presentación de este libro don José María Espinosa de los Monteros -editor y presidente del FEHME- la proyección española en Ultramar está mucho menos presente de lo que debiera en nuestra historiografía, que tira habitualmente a localista.

Completan la obra los correspondientes apartados dedicados a conclusiones, fuentes y bibliografía, así como un índice onomástico. Cuenta también con diversas láminas de época en blanco y negro y en color, alusivas al tema, que se han seleccionado con mucho acierto.

MANUEL MORÁN ORTI

Ángeles EGIDO LEÓN (ed.), **La Segunda República y su proyección internacional**, Madrid: La Catarata, 2017, 224 p., ISBN: 978-84-9097-351-6

Este libro, editado por la profesora Ángeles Egido León, es una aportación con vocación de convertirse en referencia obligada para los estudiosos de la política exterior española, sobre todo, por centrarse en un periodo en el que la primacía del conflicto interno y su inevitable conexión final con la guerra civil, habían relegado en exceso el estudio de los aspectos externos de la República. Por supuesto que se deben citar por su indudable importancia las ya clásicas aportaciones de Francisco Quintana Navarro o José Luis

Neila¹, o la de varios de los autores de este nuevo libro que habían hecho ya aportaciones básicas para su conocimiento², a las que se podrían sumar

1 F. QUINTANA NAVARRO, *España en Europa, 1931-1936. Del compromiso por la paz a la huida de la guerra*, Madrid: Nerea, 1994. J.L. NEILA, *La 2ª República española y el Mediterráneo: España ante el desarme y la seguridad colectiva*, Madrid: Dilema editorial, 2006.

2 A. EGIDO LEÓN, *La concepción de la política exterior española durante la II República*, Madrid: UNED, 1987. Ángel VIÑAS, *La República en guerra: contra Franco, Hitler, Mussolini y la hostilidad británica*, Barcelona: Crítica, 2012. Ismael SAZ, *Mussolini contra la II república: hostilidad, conspiraciones, intervención, 1931-1936*, Valencia:

algunas otras más actuales como las de Luis Pérez Gil o Jean-François Berdah, o el reciente monográfico aparecido sobre la percepción de la República en las cancillerías europeas³. Pero, en general, sigue existiendo un marcado déficit en el conocimiento de un ámbito que cobra cada vez más importancia para la valoración global del periodo republicano.

Esta carencia historiográfica no es más que el reflejo de la respuesta generalizada dada a una pregunta que hace ya varias décadas se hiciera quien había sido ministro de Estado Luis de Zulueta en 1935, sobre si la República había tenido en realidad algo digno de ser llamado una política internacional. En su opinión, como la de otros destacados republicanos como Madariaga, la República había creado un modelo moral de política exterior propio y ajustado a un país como España. Por lo tanto, no había discusión, la política había sido acertada y lo que había fallado era el contexto internacional de conflicto.

Alfons el Magnànim, 1986. Hipólito de la TORRE GÓMEZ, *La relación peninsular en la antecámara de la guerra civil de España (1931-1936)*, Mérida: UNED, Centro Regional de Extremadura, 1988. D. JORGE, *Inseguridad colectiva: la Sociedad de Naciones, la guerra de España y el fin de la paz mundial*, Valencia: Tirant Humanidades, 2016.

3 J.F. BERDAH, *La democracia asesinada. La República española y las grandes potencias, 1931-39*, Barcelona: Crítica, 2002. L. PÉREZ GIL, *La política exterior del bienio republicano-socialista (1931-1933). Idealismo, Realismo y Derecho Internacional*, Barcelona: Atelier, 2004. A. HERRERÍN (coord.), *La imagen de la Segunda República española en el concierto internacional europeo*, Dossier Alcores. Revista de Historia Contemporánea, nº 20, 2016.

Bajo estas ideas generales, no valía la pena avanzar más, por lo que siempre se había considerado un ámbito menor dentro de los centenares de estudios dedicados al análisis del periodo republicano. Sin embargo, libros como éste demuestran que no siempre es acertado seguir repitiendo ideas que se convierten en tópicos o, mejor dicho, en ciertos apriorismos difíciles de desmontar. Hoy se puede afirmar que la República tuvo un modelo de política exterior sometido, además, a la dinámica del cambio de acuerdo a los distintos periodos vividos por un régimen de tan corta duración como el iniciado en 1931. Por supuesto que fue un modelo complejo, pero no más, ni tampoco menos, que el de las demás pequeñas potencias europeas que intentaron sobrevivir en una de las décadas más complejas y conflictivas del siglo XX, bajo una bandera de radicalismo democrático cada vez más minoritaria en un contexto que parecía caracterizado por el dominio de supuestos céesares dispuestos a crear unos nuevos criterios y valores de orden europeo.

Analizar cualquier libro sobre la República parecería obligar a una inmediata toma de posición: o se está incondicionalmente a favor de ella, de sus políticas y de sus principales representantes políticos; o se está radicalmente en contra al acusarla de régimen de desorden y potencialmente revolucionario. Los maximalismos siempre reducen la realidad al simple eslogan ideológico, mientras que el análisis crítico exhala rigor indepen-

dientemente de la posición personal de cada autor. Por tanto, es de agradecer el tono general de la obra, en el que sin duda subyace una posición de fondo mayoritariamente favorable y de simpatía hacia el régimen republicano, pero sin que ello evite el análisis crítico, ponderado y documentado que corre por las páginas del libro, como demuestra la admirable descripción y el agudo análisis de lo que Hipólito de la Torre denomina con precisión “el error de la República” para evaluar la política seguida durante estos años hacia Portugal.

El inicial análisis general de Ángeles Egido permite comprender la naturaleza del modelo de seguridad desarrollado por un Estado que había asumido su condición de pequeña potencia moral, y que había renunciado a desarrollar políticas de poder. No fue, sin embargo, un modelo original pues debe inscribirse dentro de ese entramado ideológico idealista que tras la Primera Guerra Mundial se extendió por buena parte de Europa. Se podría cuestionar si ese tardío idealismo republicano era compatible con las políticas de fuerza y con las ya evidentes rupturas que se estaban produciendo del orden emanado de la Paz de París. Aunque en alguna parte del libro se expresa la idea de que no era posible prever acontecimientos como, por ejemplo, la llegada de Hitler al poder, y de que el oficio de historiador es más sencillo que el de decisor político al conocer el final de los hechos y procesos que se valoran (pp. 50 y 51), no debe olvidarse que lo

que define, precisamente, al hombre de Estado es su capacidad para moverse por escenarios complejos, por lo que el pragmatismo suele imponerse en este ámbito de las relaciones internacionales al dogmatismo.

Esta discusión es, en realidad, la base de la crítica central que ese realismo político definido por Edward Hallet Carr en su celeberrimo *Twenty Years' Crisis, 1919-1939*⁴ le hace a todo ese planteamiento de optimismo idealista del periodo de entreguerras basado en la paz y la cooperación entre los Estados como solución racional al clásico problema de la guerra. Su refutación de la utopía como fundamento de unas relaciones internacionales que el autor considera definidas por el poder, la fuerza y el puro interés nacional, ha sido, indudablemente el basamento implícito o explícito de la mayor parte de las críticas vertidas al modelo de política exterior republicano. Pero no se puede olvidar que el propio Carr abogaba por un equilibrio entre la utopía y el realismo, entre las posiciones pragmáticas y las posiciones éticas, pues en otro caso, en su opinión, se caía en el absoluto inmovilismo. Pero idéntico inmovilismo derivaba de no considerar ese realismo político y la idea de que los Estados se mueven por criterios de poder e interés nacional. Lo que en modo alguno significa llevar a los países a aventuras exteriores impropias

⁴ Existe edición española, *La crisis de los veinte años 1919-1939*, Madrid: Los Libros de la Catarata, 2004.

de su condición de poder, pero sí buscar en el sistema internacional condiciones de seguridad que completaran ese concepto insuficientemente desarrollado de la seguridad colectiva y de imposición del derecho internacional dentro de una organización internacional nacida sin contar con potencias internacionales como Estados Unidos que lo garantizara.

La aportación de Ángel Viñas reafirma la idea de que la acogida dada al nuevo régimen de 1931 fue de aceptación sin entusiasmo, pero con esperanza. Como en páginas siguientes señala David Jorge, destaca el caso de Gran Bretaña, anclado en un pragmatismo expectante que se fue volviendo cada vez más pesimista a medida que sus representantes diplomáticos en España señalaban la incapacidad de los gobernantes republicanos por estabilizar la vida interna del país. El desorden era para Londres una amenaza para sus intereses geoestratégicos en la península, algo que nunca estuvo dispuesto a sacrificar, menos aún por unos gobiernos republicanos percibidos sin suficiente capacidad para asentar una democracia estable.

Si como apunta José Manuel Aguilar España no era significativa para unos Estados Unidos enfrascados en intentar afrontar la hecatombe de la gran recesión de 1929, parecería que los estudios de Ángeles Egado y Pedro López Arriba deberían demostrar una posición contraria al abordar el caso de Francia. Y sin embargo, tras la lectura de los mismos se deduce una impresión algo diferente. Y es que a

pesar de los esfuerzos del embajador Herbet por transmitir su entusiasmo hacia el nuevo régimen español, el ministerio francés seguía mirando a Madrid como un objetivo secundario de su política exterior, siempre centrada en Alemania, y la propia opinión pública aparece significativamente dividida según el tradicional corte de aceptación derecha/izquierda. La indudable francofilia de buena parte de los prohombres de la República española no se tradujo en una relación especial o intensa. El patetismo de un Azaña intentando contactar telefónicamente con Herriot cortándole éste la comunicación (p. 158) es ejemplo suficientemente elocuente de ello.

Las relaciones “ideológicas” con Italia y Portugal son especialmente llamativas. En ambos casos, los capítulos de Ismael Saz e Hipólito de la Torre, permiten introducir ese concepto de relaciones ideológicas, pero si las primeras lo fueron por la reacción negativa del fascismo a una democracia claramente francófila, en el segundo lo fueron por la posición activa de apoyo a la oposición a la incipiente dictadura de Salazar y su inequívoca retórica de una revolución democrática que debía tener una dimensión peninsular. Italia se convirtió en territorio abierto a toda clase de conspiraciones antirrepublicanas. Portugal también. En ambos casos, la República no consiguió articular una respuesta efectiva a regímenes de manifestada hostilidad ideológica. Incluso en el caso portugués hizo todo lo posible para llevarla a su extremo. La respuesta de Salazar el 18 de julio de 1936 fue un

apoyo sin fisuras a los militares sublevados, al considerar la guerra un problema tan portugués como español.

En conclusión, los distintos capítulos del libro invitan más a seguir reflexionando que a aceptar ideas

ya repetidas. Queda mucho que interpretar y que analizar, y este libro constituye, sin duda, una buena base para llevarlo a cabo.

JUAN CARLOS JIMÉNEZ REDONDO